

LAS DOS NATURALEZAS ⁽¹⁾ Reflexiones

Atendiendo a los precedentes —¿podremos decir líricos?— del natalicio del poeta mantuano, al medio y ambiente (luz y paisaje) que lo aureolan al llegar a la vida, y, aún al ámbito social que lo circunda, antes y ya hombre hecho, que pudiera colorearlo con tintas de epopeya, si es que, en la máquina épica de Roma, Virgilio es uno de los destacados absorbedores de la atención rendida a una metrópoli, que con sus héroes, legistas, y dioses, su arte y su ciencia, ha de prender con hilvanes de gloria todo un mundo tan vasto, tan complejo, tan propicio a la disgregación; atendiendo a todo esto, repetimos, hay que conceder una naturaleza si no divina —¡cómo!— semidivina o divinizada, al dulce artifice de las Églogas.

A este aspecto, aquella exclamación nuestra: «¡Cómo había de llorar la criatura a quien todo le sonrío!»

Pero las dos naturalezas se dan sin excepción: lo deleznable y caduco se va de la mano, de por vida, con lo im-percedero. No más, que en los seres de excepción, no se deja ver, o se amortigua—pues nos deslumbran con su fuguración—lo menos interesante para nosotros, público algo bobalicón y simplista del aparato escénico que la grandiosidad espiritual exige; más no excusan —¡que más quisieran ellos!— los postulados del dolor, torcedor de la carne, con inevitables repercusiones en el espíritu. Eso, si: las almas de alta potencialidad los disfrazan, mas el dolor permanece; como tú y yo, lector, somos exactamente nosotros, aunque en una apoteosis desempeñemos papel de dioses. Con la sola diferencia que en este caso sólo vale unos instantes la divinidad, porque es un postizo, y en el caso del genio las dos naturalezas son valederas, aunque la una llegue a un término y la otra entre en zonas de infinito.

Virgilio, pues, estuvo sujeto a las inexorables leyes del sufrimiento. Dolor conllevado es el suyo. No se entrega a él con ese rendimiento de los pobres de voluntad. No se deja abatir: lo previene, lo combate. No olvidemos que era maestro en Medicina.

Entre las múltiples e inescrutables formas de reacción a que estamos sujetos los hombres por los pathos sin número que nos alligen, la que correspondió a Virgilio, por constitución, es laborar idealizando. Otros reaccionan, protervos, ensombrecien-

do más sus asquerosidades carnales, asqueando moralmente.

Hay que reparar que el faro rutilante, el poeta, es hombre, además, de crueles dolencias. Su historia clínica es así como para, al poder desglosar ambas personalidades, preferir la extinción genial, una degradación a la mediocridad si había de compensar la renunciación al empero el hacer llevaderos estos mal contados cuatro días terrenales. «Tuvo enfermedades de estómago, i de garganta, i de cabeza, que a tiempos le fatigaban. Echaba también fangre por narices, i boca muchas veces.»

Convengamos que lacerías y contradicciones son a veces un derivativo a la acción fecunda. Recordamos al efecto el caso de Proust. Este doliente ¿hubiera llegado a revelarse al dejar de serlo? También pudiéramos preguntar: ¿Si Proust no hubiera tenido que recluirse, para no concluir en breves días con su frágil naturaleza, ya en franca liquidación, hubiera hecho arte? El se considera otro Noé encerrado en el arca (así llamaba Proust a su reclusión da enfermo); ha sentido siempre compasión por el navegante del diluvio; más, enfermo reducido al solar mezuquino de la alca-ba, piensa, crea, reconstituye su mundo anterior, filosofa, detalla, describe, juzga, caracteriza, y desecha aquel sentimiento suyo de angustia cuando consideraba la sordidez y obscuridad de un arca, aunque destinada a misión histórica tan culminante, a un acto de biología conservadora trascendente.

Virgilio, a diferencia de Proust (observador y pensador «bajo tachado») vive en tiempos de menos drogas y más naturaleza, de un naturismo no reglado, de récipe, como es el de ahora; de menos solicitud para el enfermo y por tanto de una acción defensiva más enérgica por parte del mismo paciente, que a veces usa de un farmaco tan extremadamente naturista que raya en la barbarie; aunque no recen estos excesos con el prudente Virgilio, que viaja, navega, vive en la Naturaleza, y, gran espectador de ella, la hace poemas. No excluye la vida social. ¡Ay del que la omite o tan siquiera la atenúa! Y no quiere —¡naturalmente!— ser único cantor de «prados y campos»; canta a los magnates («cecini Duces», que dice en el epitalio por el redactado). Por otra parte que cantar de los hombres es función de alta pedagogía social; que la naturaleza castrada de humanidad es ruptura de armonía; por

La Censura y el nuevo Código

Ha quedado levantada la previa censura a la Prensa y sin embargo la lectura de los periódicos demuestra los recelos con que es recibida esta determinación del Gobierno.

¿Existen en verdad motivos para que la Prensa se muestre recelosa? Reflexionemos un poco.

Hasta el día de ayer, el Censor ha ejercido su poca grata misión, empujando el lápiz rojo y esto nos induce a pensar: ¿han desaparecido de ayer a hoy a juicio del Gobierno, las causas que motivaron el establecimiento de la censura? Si así lo cree, nosotros lo celebramos, pero es el caso que al restablecer la normalidad constitucional respecto a este punto, no queda la Prensa en la situación que estaba antes del golpe de Estado, sino en condiciones infinitamente peores.

La ley de imprenta emanada de la Constitución del 76, era de suyo en exceso rígida por datar de época en que la libertad en España estaba en los albores de su vida.

En los 54 años transcurridos desde entonces a la fecha, la vida ha evolucionado, como es natural en sentido progresivo, la cultura general es o viene siendo cada día mayor y a mayor cultura mayor necesidad de libertad. ¡Cuántas figuras de delito existentes en nuestro viejo Código penal, están reclamando a gritos desde hace años, una completa y dete-

nida reforma del mismo con arreglo a la moral social imperante tan distinta de la del año 70? Pues esa moral y ese progreso, declaran arcaica la ley de imprenta.

Pero es el caso que al restablecer las leyes suspendidas, con ellas —entre las que se encuentra la de Jurisdicciones— se restablece un nuevo Código conficcional por los hombres de la dictadura, en el que de tal modo se estrechan las mallas en los artículos que a la Prensa se refieren, que la libertad de la misma queda mucho más restringida que lo está en la ley de imprenta, por la que veníamos rigiéndonos. Luego sujetar la Prensa a una ley que no discutó ni aprobó el Parlamento, ley emanada de un Poder dictatorial, es ir en contra de la libertad otorgada o disfrutada antes del advenimiento de la dictadura, es aumentar legalmente la restricción, es en una palabra, dejarnos en peores condiciones que estábamos con la censura, es, en fin, ir al aniquilamiento de la Prensa.

Por eso, haciendo nuestra la petición que el Sr. Royo Villanova formula en «La Libertad» de Madrid pedimos como él que sea abolido ese nuevo Código fruto de la dictadura, ya que bastantes dogales, cadenas, grillos y mordazas—como dice «La Voz»—tienen los periódicos, desgraciadamente.

JUAN DEL PUEBLO

decirlo de algun modo: un monstruoso eunucoidismo.

Las dos naturalezas que todos tenemos campean desigualmente según el tipo de hombres. Los hombres de selección, como Virgilio, hacen, dada su finura espiritual, completamente suyas las tachas de organización y función psíquicas y físicas; no exteriorizan, o disimulan cuanto pueden, las pequeñeces de su carne y de su alma, adoptando giros exteriores desconcertantes para el vulgo. Ved como, aquel Virgilio corpulento, de quebrado color, enfermo consciente, tapa este aspecto calamitoso al adoptar una manera de prevención terapéutica en la castidad; sus actividades corporales, no desdeñadas, todo lo contrario, cultivadas, tienen, puesto por él, un límite defensivo que le ofrece a la turba multa de sus coetáneos con aspectos semifemeniles; y de aquí el mote de «Parthenias» («Doncella»); remoquete granuja, y que, sin embargo, no excluye esa certera intuición que hace de cada mordaz de la plebe un clínico.

Parvo en el comer y beber, casto, acreditase de ponderado. Afeminamiento, no, ciertamente. Sabe lo que debe a su endeblez, a su salud precaria. Es, además, un rasgo de delicada exteriorización. Es una lección de buen gusto mal aprovechada de las clases de copete que él frecuentó, que en sus bárbaras digestiones, lascivos por abuso y a veces por inver-

sión, van dando un tono creciente de embotamiento, de rebajado vivir, peor que animal, camino cierto de muerte civil de la sociedad que prescribe en cultura y previo paso a futuras hambres; reto a las masas empobrecidas, de parquedad obligada. ¡Que cuando los grandes comen demás, los pueblos viven ayunos; y los unos por exceso y los más por defecto, entre todos preparan ruina de imperios y fin de civilizaciones!

Permítasenos añadir algo más con carácter informativo.

La celebridad abrumaba a Virgilio. Huía de la persecución admirativa que le dispensaba el pueblo. Tal vez al «panta rhei» de la filosofía de Heráclito le daba él una interpretación de caducidad sin ignorar su significado transformista. «Todo corre», sí.

Devotísimo de sus padres, vivieron éstos en honesta holgura con los mantenimientos del hijo, que nunca los olvidó. Ellos en la aldea de Andes, el hijo preclaro en pleno triunfo, sienten al unísono con sus corazones, viven con los ojos del alma amor inextinguible. Para ellos no hay mal de ausencia.

Quedan sin tangenciar siquiera, en éstas y las precedentes cuartillas, sectores interesantísimos de estudio de la vida de Virgilio; por ejemplo: como artificio sus versos; como en su cultu-

ra formativa y en su producción influyó Homero; cómo y por qué llegó un día en que tuvo voluntad manifiesta de enfocar de nuevo su vida hacia la «Filosofía y las Ciencias importantes», una vez dejada su producción poética tan escardada y limpia que fuera de él estimada como algo acabado y sin tacha...

Arduo empeño semejante purificación. Los días le estaban contados en ese arcano que va del ser al no ser. Todo esto lo pensaba a los 52 años, en el mismo en que dejó de existir. Su «canto de cisne» no sería logrado. Angustiosos días aquellos que preceden al de su muerte (22 de Septiembre). ¿Eran torturas corporales únicamente? No. El poeta quiere quemar sus versos; es voluntad expresa; él tan exquisito y pulcro, insatisfecho, prefiere la extinción a la imperfección.

Bien hayan de la posteridad Tucca y Varo, los amigos poetas, testamentarios espirituales del mantuano, que interponiendo un amor todo efusión de arte, sensibilidad aquilatada, anulan con entusiasmo y ternura de discípulos la inexorable cláusula.

Pero Virgilio es muy personal: accede a la súplica con el expreso mandato de que sus manuscritos se conservasen intactos. Nadie ponga mano en ellos. Buenos o malos, él y no más que él, «Ego sum», Posteridad.

JOAQUIN MARTINEZ PERIER

Al pueblo de Lorca

Por los elementos que se llaman cristianos y católicos se ha propalado la especie de que «a petición de unos cuantos Concejales y con la aprobación del Alcalde y de los demás señores ha sido arrancada y expulsada del Municipio, una placa del Sagrado Corazón de Jesús.»

A base de la certeza de ese hecho,—lo que es absolutamente falso—el periódico «La Verdad» de Murcia, del que están tomadas las palabras colocadas anteriormente entre comillas, excita a los lorquinos a que no queden impasibles y se reurán en imponente manifestación y después de pasear por todas las calles de Lorca la placa-Imagen del Sagrado Corazón, imponerla de grado o por fuerza en el sitio en donde fué colocada y dar un público testimonio de que en esa forma ni se puede ni se debe herir los sentimientos de los lorquinos que son eminentemente católicos.

Esas excitaciones en pugna con el espíritu cristiano, inductoras del desorden y de la lucha, han sido divulgadas partiendo de una base falsa, cual es ese lanzamiento, tan grosero como calumnioso, de la sagrada imagen por los Concejales de nuestro Ayuntamiento.

El Concejo de Lorca, constituido en su totalidad por hombres educados y cultos, la mayoría de ellos católicos intachables, no ha realizado el acto incivil que se le imputa. Los

(1) Véase nuestro artículo «Gloria Perdurable».—LA TARDE.—4 Septiembre 1930

DOCTOR ANTONIO ROS

Oculista

EX AYUDANTE DEL DOCTOR POYALES
EX-MEDICO AGREGADO DE LOS HOSPITALES DE
SAN JOSE Y SANTA ADELA Y DEL NIÑO JESUS, DE MADRID
EX PENSIONADO EN LA INDIA Y EN EGIPTO.
CONSULTA DE 11 A 2
SAGASTA, 13
CARTAGENA